

de su propia imagen ennoblecida, la transformación del planeta en un jardín y el Estado mundial en una hermandad.

De ahí se tenderá un puente a los últimos capítulos: algunos pronósticos históricos remotos, el problema de los cataclismos finales de la historia universal y el paso de Enrof, inevitable aunque catastrófico, a una materialidad superior, diferente, a otra capa de la existencia. Las últimas páginas refieren las perspectivas cósmicas que se abrirán con ello.

II

ESTRUCTURA DE SHADANAKAR MUNDOS DE ESCALA ASCENDENTE

1. Sacuala de Iluminación

No sé dónde ni cuándo moriré esta vez; pero sí sé dónde y cuándo morí la última vez, antes de nacer en 1906 para mi vida en Rusia. Este conocimiento no tiene desde luego importancia general, y sólo puede interesar a quienes sepan tratar con confianza mis testimonios y sientan – además – un vínculo kármico con mi destino. Pero mi conocimiento sobre algunas etapas del camino recorrido entre mi penúltima existencia y la actual tiene un interés objetivo más amplio. Puedo y debo contar lo más esencial de cuanto he logrado recordar poco a poco. Por cierto, es mejor no decir “he logrado” sino “me han ayudado a recordar”.

A veces he encontrado personas que también tenían entreabierto su memoria profunda pero ninguno se decidía a comentarlo casi con nadie; y a nadie se le ocurrió, ni por asomo, dejar estos recuerdos en forma escrita, por la seguridad de que semejantes confesiones podrían provocar sólo burlas y por el pudor natural del alma, que no quiere someter al juicio de gente ajena y extraña algo íntimo, intocable y a la vez imposible de demostrar. Durante muchísimo tiempo también yo lo vi de la misma manera; incluso ahora lo intento sin que me agrade en lo

más mínimo. Pero como absolutamente todo cuanto refiero en este libro tiene una fuente igual de improbable, no veo más razones para seguir callando los recuerdos de mi memoria profunda. O no tenía que haber empezado el libro o bien, una vez empezado, tengo que hablar de todo, pese al temor. Además me reconforta la esperanza de que los lectores desconfiados ya se hayan apartado tras leer los primeros capítulos y, en adelante, seguirán mi exposición sólo los predispuestos con benevolencia.

Mi última muerte acaeció hace unos 300 años en el país que encabeza otra metacultura, muy antigua y poderosa. Durante toda mi vida actual, desde la infancia misma, añoro aquella patria vieja; la añoranza es tan ardiente y honda quizás porque no viví en aquel país una, sino dos vidas, y además muy intensas. Pero al marcharme de Enrof hace trescientos años, por primera vez en todo mi camino en Shadanakar me vi libre de la necesidad de realizar descensos expiatorios postrimeros al abismo de capas donde los atormentados desenlazan –a veces durante siglos y hasta milenios– los nudos kármicos que anudaron en vida. Por primera vez tuve tiempo y pude desatar los nudos ya en Enrof, pagando con largas penas y amargas pérdidas las caídas y errores de la juventud. Y ésta era la primera vez que moría con un alma aliviada, aunque los conceptos religiosos del país me auguraban unas postrimerías verdaderamente horribles. Pero ya sabía yo que, con mi expulsión de la casta a la que pertenecía y cuarenta años de vida entre los parias, lo tenía expiado todo. La muerte fue fácil y llena de esperanza.

La esperanza fue profética. No he podido recordar aún nada de las primeras horas, y hasta días de mi nueva existencia; pero recuerdo algunas zonas de la nueva capa en que luego existí durante mucho tiempo.

Común para todas las metaculturas, esta primera capa es, sin embargo, muy abigarrada. En la metacultura inmensa, tropical, antigua –que por dos veces cobijó mi vida terrena– se parecía a su naturaleza de Enrof aunque era más suave, sin su crueldad y magnificencia extremas, sin violentos aguaceros tropicales ni la fatal aridez de los desiertos. Recuerdo cómo nubes blancas y torreiformes, de configuracio-

nes increíblemente poderosas y solemnes, permanecían casi inmóviles sobre el horizonte, alzadas hasta la mitad del cielo. Se alternaban días y noches y las gigantescas torres radiantes seguían erguidas sobre la tierra, apenas cambiando de siluetas. El cielo no era azul oscuro o claro sino de un verde profundo. Y el sol allí era más hermoso que aquí: cambiaba visos de múltiples colores, suave y lentamente. No puedo explicar ahora por qué esos colores de la fuente de luz no determinaban la coloración de lo que alumbraba, ya que el paisaje seguía casi inalterable, predominando el verde, el blanco y el oro.

Allí había ríos y lagos. Había un océano, aunque no alcancé a verlo; sólo estuve una o dos veces a la orilla del mar. Había montañas, bosques y espacios abiertos que parecían estepas. Pero la vegetación de las distintas zonas era casi transparente, y tan liviana como suelen ser los bosques en los países nórdicos de Enrof a finales de primavera cuando apenas comienzan a vestirse de follaje. Igual de livianas y semitransparentes parecían allí las cordilleras y el suelo mismo: como si todo fuera el cuerpo etérico de los elementos cuyo cuerpo físico conocemos muy bien en Enrof.

Pero esta capa no conocía ni aves, ni peces, ni animales; los hombres seguían siendo sus únicos habitantes. Digo hombres pero no me refiero a lo que somos en Enrof, sino a lo que resultamos después de la muerte en el primero de los mundos de Iluminación. Por fin pude comprobar que el consuelo que nos brindan las viejas religiones con su idea del futuro reencuentro con los allegados no es una leyenda ni un engaño, a no ser que lo cometido en vida nos haya arrastrado a las penosas capas de la expiación. Me recibieron algunos allegados, y la alegría de tratarlos llenó períodos enteros de mi vida en aquella capa que es muy antigua. Antaño la habitó la protohumanidad angelical y se llama **Olrna**. Esta voz musical me parece un acierto de los que la nombraron. El trato con los allegados en aquel lugar no tenía nada de turbio o amargo, ni de las inquietudes mezquinas o la incomprensión que ensombrece cualquier relación. Allí se tenía un trato ideal, en parte por medio del lenguaje, pero utilizando más el silencio, algo que aquí sólo conocemos en el trato con muy pocos con quienes nos une un amor especialmente hondo, y en momentos muy especiales.

Estábamos totalmente libres de preocuparnos por la existencia, cosa de tan inmensa importancia en Enrof. La necesidad de vivienda se suprimía con el suave clima. Parece que en las Olirnas de algunas otras metaculturas esto no es del todo así, pero no lo recuerdo con exactitud. La maravillosa vegetación nos daba alimento, bebíamos de manantiales y arroyos que, según recuerdo, tenían diversos sabores. La ropa era substituida por algo hermoso, vivo y de fosforescencia nublosa que lo elaboraba nuestro propio cuerpo, el cuerpo etérico que aquí casi nunca percibimos pero que en las capas más elevadas se hace tan evidente y parece tan fundamental como lo es para nosotros el cuerpo físico. Sin él es imposible vida alguna tanto en los mundos de Iluminación como en Enrof.

No obstante, amargó mi período inicial en Olirna la añoranza de quienes dejé en Enrof. Allí quedaron los hijos y nietos, los amigos y mi viejita esposa: mi ser más amado para quien infringí la ley de la casta convirtiéndome en un intocable. El lazo roto con ellos alimentaba mi constante inquietud por sus destinos; pronto aprendí a divisar sus borrosos reflejos que erraban por las espinosas sendas de Enrof. Algún tiempo después recibía a mi esposa tan joven como fue otrora pero más bella: concluyó su camino en Enrof unos años más tarde que yo, y ahora nada ensombreció la felicidad de nuestro reencuentro.

Se abrían, uno tras otro, nuevos órganos de percepción: no eran los órganos de la visión y el oído que en el cuerpo etérico coinciden por entero con los respectivos órganos del cuerpo físico, ¡no!, aquellos órganos de la visión y oído funcionaban desde los primeros momentos de mi ascenso y fue con ellos que percibía Olirna, sino lo que llamamos visión espiritual, oído espiritual y memoria profunda. Los sentidos que tratan de abrir en Enrof los más grandes sabios, y que sólo consiguen abrir unos pocos entre muchos millones de humanos, en Olirna se abren paulatinamente en cada uno. La visión y el oído espiritual salvan las barreras entre muchas capas: con ellos percibí la vida de los que había dejado en la tierra, no de forma muy nítida, es cierto, pero la percibí.

Me deleitaba con la naturaleza iluminada –jamás he visto en Enrof semejante belleza– pero era extraño, algo me faltaba y pronto comprendí qué era: la variedad de la vida. Recordé con tristeza los cantos y trinos

de los pájaros, el zumbido de los insectos, la fugacidad de los peces, las bellas formas y la sabiduría inconsciente de los animales superiores. Sólo allí vi claro cuánto significa para nosotros, para nuestro contacto con la naturaleza, el mundo animal. Sin embargo, los que sabían más que yo, alentaban la esperanza de que el antiguo y vago sueño de la humanidad sobre la existencia de capas donde los animales son iluminados y altamente racionales no era un sueño, sino una verdad presentida: esas capas existen y con el tiempo me serían accesibles.

Más tarde, hace muy poco, me recordaron ciertos aspectos de algunas zonas que existen en las Olirnas de todas las metaculturas. Se habló de las regiones que parecen estepas quebradas. Allí pasan algún tiempo los que en Enrof se recogieron demasiado en lo personal y, aunque tuvieran los nudos kármicos desatados, su alma es muy estrecha y apretada. Ahora, entre las límpidas y apacibles colinas, bajo un cielo maravilloso, nada les molesta reponer este daño ocasionado por su estrechez de miras, recibiendo rayos y voces del cosmos y ampliando los límites de su “yo” cada vez más ancho. Se habló también de las zonas de Olirna semejantes a países montañosos. Allí, en sus valles, se perfeccionan quienes han podido creer o, más exactamente, sentir con certeza el más allá, pero sólo ya estando en las postrimerías. Desde allí contemplan las cimas de las montañas, pero no como las vemos nosotros sino en la gloria espiritual. Potentes espíritus que reinan en aquellos lugares vierten sobre los contempladores flujos de sus propias fuerzas. Y las facultades del alma, paralizadas por la incredulidad, se abren en días y años de contemplación directa de las múltiples capas del Universo y de la solemne majestad de otros mundos. Pero no lo recuerdo con nitidez, tal vez porque allí sólo fui algo así como un visitante, y la fuente de datos al respecto no me infunde la absoluta seguridad de que no hayan sido simplificados para mi mejor comprensión y, por consiguiente, distorsionados.

Además del trato humano y el deleite con la naturaleza, invertía el tiempo en trabajar mi cuerpo: había que prepararlo para la transformación, porque el camino de Olirna a los mundos siguientes, superiores, no pasa por la muerte sino por la transfiguración. Y comprendí que los versículos del Evangelio que narran la ascensión de

Jesucristo aluden a algo parecido. La resurrección de entre los muertos cambió la naturaleza de Su cuerpo físico y, al ascender de Olinra, éste se transfiguró por segunda vez, junto con el etérico. Como a todos los demás, me esperaba sólo la transfiguración del cuerpo etérico, semejante a la que vieron otrora los apóstoles con su visión espiritual que penetró en Olinra pero que no llegaba aún a mundos situados más arriba. ¿Cómo podían los evangelistas haber expresado de otra forma el tránsito del Salvador desde Olinra hacia allí, sino definiendo este suceso como Su ascensión al cielo? Y yo, educado en el estricto brahmanismo, empecé a comprender la verdad insondable, tan extraña para mí, que encerraba el mito cristiano.

Y la figura del gran traidor, que hasta entonces sólo admití como una leyenda, fue también para mí una realidad: supe que estaba allí, entre los mares de Olinra, en el retiro profundo, en una isla desierta. Más de diez y seis siglos duró su camino por los tormentos, precipitado por el peso de un karma de singular gravedad al abismo más profundo que ni antes ni después vio en su seno un solo hombre. Fue levantado de allí por Aquél a quien había traicionado en la tierra, pero sólo después de que el Traicionado alcanzó en las alturas el increíble poder espiritual necesario para ello, que antes no había alcanzado nadie en Shadanakar. Elevado por la fuerzas de la Luz más y más alto por los peldaños de los purgatorios, el que había expiado su traición llegó, finalmente, a Olinra. Sin entrar en contacto aún con sus moradores, se prepara en una isla para proseguir el ascenso. Vi aquella isla de lejos: es austera, dentro hay una aglomeración de rocas extrañas con todas sus cumbres inclinadas hacia un lado. Las cumbres son de puntas agudas y el color de las rocas es muy oscuro, a veces negro. Pero al propio Judas nadie lo ve en Olinra, sólo se ve por las noches el reflejo de sus oraciones sobre la isla. En un futuro, cuando llegue en Enrof el reino del que suelen llamar anticristo, Judas recibirá de las manos del Traicionado una gran misión: nacerá de nuevo en la tierra y, al cumplirla, tendrá una muerte de mártir por mano del príncipe de las tinieblas.

Yo no podría explicar con qué clase de esfuerzos se logró mi propia trans-formación, que se producía en ese momento en todo mi cuerpo. Sólo puedo recordar ahora lo que tuve entonces ante mis ojos: una

multitud humana, tal vez cientos, acudieron para despedirme en mi alto camino. El logro de la trans-formación por un habitante de Olinra siempre regocija a los demás; este suceso es rodeado de un ambiente solemne, luminoso y feliz. Parece que ocurría de día, en una elevación semejante a una colina y, como todo en la Olinra hindú, al aire libre. Recuerdo cómo hileras de rostros humanos vueltos hacia mí comenzaron a hacerse poco a poco más borrosos y como si se alejaran en el espacio, o es que más bien yo me alejaba de ellos, elevándome paulatinamente sobre la tierra. Lejos, en el horizonte, veía hasta entonces una cordillera semitransparente como hecha de crisolito; de pronto noté que los montes empezaban a irradiar un fulgor maravilloso. Iris titilantes se tendieron, cruzándose, en el firmamento; en el cénit se dibujaron admirables lumbreras multicolores y ni el magnífico sol podía eclipsarlas. Recuerdo la sensación de belleza fascinante, éxtasis y admiración incomparables.

Cuando bajé la mirada, ya no vi a la multitud que me despedía; todo el paisaje se transfiguró por completo, y comprendí que ya había pasado el momento de mi tránsito a la capa superior.

Fui advertido, anteriormente, que estaría en aquella capa muy poco tiempo porque se transita en unas horas, pero durante estas horas toda la capa –se denomina **Fayr**– se llenaría de alborozo para celebrar mi llegada. Es la gran fiesta que se prepara a cada alma en ascenso: ¡oh!, no sólo a las almas humanas sino también a las de otras mónadas de Shadanakar que suben por los escalones de Iluminación, incluso a animales superiores. En cierto sentido, Fayr es el límite del camino: después aún se puede encarnar en Enrof, pero sólo con una misión determinada. A partir de aquí todavía no se excluyen caídas, rebelión, ni siquiera se excluye una traición a Dios –hondamente consciente y por eso aún más grave– pero ya nunca será posible una caída ciega. Y se excluye para siempre toda posibilidad de aquella parálisis del entendimiento espiritual que, tras manifestarse en la psiquis de los vivientes en distintos siglos de Enrof, ha ido cambiando matices, variedades y nombres, y se define en nuestro siglo, en líneas generales, como materialismo.

Si buscamos en los fenómenos que ocurren en Fayr una analogía, aunque remota, con Enrof, no nos sugiere sino las luminarias festivas. Huelga decir que las más espléndidas luminarias de Enrof no son, en comparación con Fayr, más que un par de nuestras bombillas frente a la constelación de Orión.

Vi una multitud de entes en su imagen doble y triplemente iluminada: acudieron allí desde capas superiores, movidos por el júbilo compartido. Este sentimiento es propio de los iluminados en grado e intensidad muy superiores al nuestro; cada alma llegada a Fayr hace brotar este regocijo en millones de seres que lo pasaron antes. ¿Cómo expresar el ánimo que me embargó cuando vi multitudes de iluminados regocijantes porque el miserable de mí llegaba a aquel mundo? No era gratitud, ni turbación alegre, ni siquiera conmoción, parecía más bien la emoción beatífica que los mortales en Enrof suelen anegar con lágrimas silenciosas e irresistibles.

No recuerdo momentos ni formas del tránsito a la capa siguiente. La conmovedora vivencia de Fayr me extenuó profundamente y ablandó todos los tejidos de mi alma. Y cuanto puedo ahora recordar de lo vivido en la siguiente fase del ascenso se reduce a un solo estado, pero que duró muchísimo tiempo, tal vez años.

Paz radiante. ¿No parece contradictoria la expresión? Con luz abundante asociamos actividad y no descanso, movimiento y no reposo. Pero esto vale para nosotros, en Enrof. No es así en todas partes. Ni la misma voz "radiante" es tan exacta como uno quisiera. Porque el fulgor de *Nertis* —así se llama la siguiente capa— además de radiante, es indeciblemente suave; combina la encantadora dulzura de nuestras noches de plenilunio con la luciente sutilidad de altos cielos primaverales. Como arrullado por algo más dulce que una música suavísima, me diluía en el feliz adormecimiento, y me sentía como un niño mecido en las rodillas maternas después de muchos meses llenos de ofensas, tormentos y tristezas inmerecidas. Un cariño femenino se derramaba en el ambiente, pero con especial afecto lo irradiaban quienes me rodeaban, como cuidando con un amor inagotable a alguien enfermo y cansado. Eran quienes habían ascendido antes que yo a capas aun más

altas y que descendían de allí a *Nertis*, para acercarse a seres como yo, para brindarnos cariño, amor y mayor felicidad.

Nertis es el país de gran reposo. Sin sentirlo ni notarlo, sin que mediara un esfuerzo de mi parte, sólo con la labor de mis amigos del corazón, mi cuerpo etérico iba cambiando despacio y se hacía cada vez más liviano, más impregnado del espíritu y más obediente a mis deseos. Tal como es nuestro cuerpo en los zatómises, países celestiales de las metaculturas, así se conforma en *Nertis* justamente. Y si alguno de mis parientes que quedaron en Enrof pudiera verme, comprendería que era yo: notaría en la nueva fisonomía un parecido inexplicable con la que conocía, pero le impresionaría hasta lo hondo de su alma la luminosidad ultraterrenal del transfigurado.

¿Qué quedaba de todo lo anterior?, ¿facciones? sí, pero ya lucían una juventud eterna, extraterrenal. ¿Los órganos del cuerpo? sí, pero en las sienas fulguraban, como dos flores de azul suave, los nuevos órganos del oído espiritual. La frente parecía adornada con una piedra mágica y brillante: el órgano de la visión espiritual. El órgano de la memoria profunda, ubicado en el cerebro, quedaba invisible. Igualmente invisible era el cambio en los órganos internos del cuerpo, porque todo lo que antes estaba adaptado a las funciones alimentarias y reproductoras se suprimió o cambió de raíz, adecuándose a las nuevas funciones. La alimentación era semejante a un acto respiratorio y las fuerzas vitales se reponían con la asimilación de los efluvios luminosos de los elementales. La reproducción, tal como la entendemos, no existe en ningún mundo de escala ascendente. Allí hay algo diferente, que explicaré en el capítulo sobre la Rusia Celestial.

Pasado mucho tiempo, sentí un aumento de fuerzas regocijante y progresivo, algo así como unas alas muy esperadas y misteriosas que se abrían. Que no se tome muy al pie de la letra: no se trata de la aparición de algo que recordara las alas de seres voladores de Enrof, sino de la facultad que se me revelaba para el libre movimiento en todas las direcciones del espacio cuatridimensional. Aún era sólo una mera impresión: yo seguía reposando inmóvil, pero la posibilidad de vuelo se convertía de un sueño indefinido, en una perspectiva real que se abría

ante mí. Por los amigos de mi corazón supe que la estancia en Nertis tocaba a su fin.

Una especie de cuna donde yo reposaba parecía balancearse despacio arriba y abajo, subiendo cada vez más alto. Este movimiento auguraba una felicidad mayor todavía, en la que debía entrar ahora. Y comprendí que ya estaba en otra capa: en **Gotimna**, el último mundo de la sacuala de Iluminación. Allí se veían como unas flores colosales cuyo tamaño no disminuía su sorprendente dulzura, y entre ellas se abrían alturas y lejanías insondables de nueve colores. Sobre dos de ellos, desconocidos en Enrof por estar situados fuera de nuestro espectro, sólo puedo decir que uno daba la impresión más afín a la de nuestro azul celeste, y el otro recordaba remotamente el dorado.

Las enormes flores de Gotimna, que forman bosques enteros, se inclinan y enderezan, balancean y bambolean, resonando en ritmos inefables; y su movimiento parece una música muy suave que nunca cansa, siendo apacible como el murmullo de bosques terrenales, pero llena de un significado inagotable, así como de un tierno amor y simpatía hacia cada uno de los que allí habitan. Con una ligereza y calma inaccesibles para ningún ser en Enrof, íbamos como flotando en cualquiera de las cuatro dimensiones del espacio, entre esas flores cantantes; o bien demorábamos algún tiempo conversando con ellas, porque su idioma nos era comprensible y ellas entendían el nuestro. Allí, en los claros azul celestes, o junto a los enormes pétalos dorados que fosforescían suaves, nos visitaban aquellos que descendían a Gotimna desde los zatómises, para prepararnos, a sus hermanos menores, hacia las siguientes etapas del camino.

Jardín de Altos Destinos se llama también a Gotimna, porque allí se predefinen por mucho tiempo los destinos de las almas. Yo estaba en la misma encrucijada que se presenta ante todo el que sube hasta aquella capa. Lo elegido allí ya no se podría cambiar durante largos siglos en ninguno de los mundos que entonces se preeligen. Podía escoger libremente una de dos cosas: o bien ascender a la India Celestial y terminar para siempre el camino de las reencarnaciones, para reemplazarlo por el de transfiguraciones ascendentes en capas hetero-

materiales; o bien tener una o quizás varias existencias más en Enrof, pero no como efecto de un karma sin desatar –ya estaba desatado– sino como un medio para realizar ciertas tareas que se encomendarían sólo a mí y que asumiría libremente. Y aunque la voz “misión” suene en ruso como muy culta y falta de poesía, la usaré en adelante para designar tales tareas especiales, que se encomiendan a un alma para realizarlas en Enrof.

El peso de la responsabilidad para el que asume la misión se multiplica, porque siempre tiene que ver no sólo con el destino de su portador sino también con el destino –tanto en vida como postrimero (después de la muerte física)– de muchas otras almas y a veces con el de pueblos enteros o incluso de toda la humanidad. Quien traicione su misión a voluntad, o por debilidad, tendrá castigo o expiación en capas más hondas y temibles, ya que no debe interpretarse que los que hayan atravesado la sacuala de Iluminación no puedan tener en Enrof caídas, traiciones o fallos éticos. Sólo es imposible una caída basada en el desconocimiento de la existencia de Dios; pero lo que duerme aletargado en el fondo del alma, bajo los rayos de Nertis y Gotimna, puede despertar en las oscuras noches de Enrof y arrastrar al enviado más abajo, o desviarlo de algún modo. Si estas caídas no afectan la esencia de su misión, las Fuerzas Providenciales lo levantarán de cualquier abismo para que termine de realizar su trabajo.

Por tanto, se abría ante mí la posibilidad de retornar, bajando a otra metacultura muy joven aún pero con un porvenir inmenso, que me era desconocida y extraña hasta entonces. Algo alarmante, sombrío y turbulento, irradiaba aquel macizo enorme, estratificado, que yo percibía vagamente desde lejos. La misión asumida por mí debía tener relación con una tarea grandiosa, que rebasaba mucho los límites de esta metacultura, y en un futuro lejano había de abarcar al mundo entero. Miles de almas se preparaban ya para participar en dicha tarea.

Y escogí esta posibilidad. Comprendí entonces que acababa de echarme encima una carga que ya no podría abandonar libremente.

Y de la Gotimna de la India fui llevado a la Gotimna de Rusia: allí debían concluir mis preparativos para cumplir la misión que asumió mi Yo superior. Pero caídas, actos de rebeldía y traiciones, son posibles

también después de vidas luminosas, porque entonces puede despertar en el alma lo que dormía bajo la luz solar. Tuve, en mi camino, tales caídas, ya después de haber pasado por Gotimna; pero lo explicaré en otros capítulos del libro.

Ahora toca hablar de los zatómises, países celestiales de las metaculturas.

Pero si podía referir lo de la sacuala de Iluminación como vivencia, basado en lo que he logrado recordar, de la sacuala de los zatómises la memoria guarda raras imágenes fragmentarias, impresas mucho más tarde, durante mis viajes transfísicos que realicé en sueños desde aquí, el Enrof de Rusia. Esas imágenes confusas se completan con otra fuente –inapreciable– de conocimiento: encuentros y pláticas transfísicos. El método autobiográfico es inaplicable para exponer este material, y lamento que los siguientes capítulos sean tan secos y protocolarios como el capítulo dedicado a la concepción de partida.

2. Zatómises

Las cimas de las metaculturas, llamadas zatómises, en cierto grado coinciden con los contornos geográficos de sus respectivas zonas culturales en Enrof. El espacio de todos los zatómises es cuatridimensional pero cada uno se distingue por un número propio de coordenadas temporales. Crea la materialidad de esta sacuala una de las jerarquías angelicales –Dominaciones– y los zatómises mismos son construidos paulatinamente con esfuerzos conjuntos de jerarquías, héroes, genios, justos y amplísimas multitudes populares aptas para la creación, mientras el suprapueblo que los adelanta prosigue su devenir en la historia, y también continúa más tarde, cuando su camino histórico concluye y millones de sus mónadas inmortales siguen su ascenso de una altura de conocimiento y creación mundial a otra.

El fundador de cada zatomis es uno de los grandes espíritus humanos.

El panorama de estas capas recuerda muy remotamente a nuestra naturaleza. Quizás el elemento del paisaje terrestre más afín al paisaje de los zatómises sea el cielo con nubes. Corresponden a nuestros océanos y mares zonas de unos como vapores claros, fácilmente permeables y fulgurantes; son almas de los elementales marinos. A los ríos de Enrof les corresponden sus “almas”: formas de indecible belleza que ni siquiera se insinúan con palabras tales como “nieblas lucientes”. La vegetación se parece poco a la nuestra, son “almas” de los elementales, que trataremos más adelante. Creo que por ahora basta con decir que en los zatómises permanecen “almas” de algunos elementales, entre una encarnación y otra.

El cambio de día y noche coincide plenamente con el nuestro porque lo condiciona la misma rotación del planeta alrededor de su eje. El tiempo cambia oscilando entre lo agradable y lo hermoso.

La humanidad superior –los Sincretis de las metaculturas– es nuestra esperanza, nuestro gozo, apoyo y confianza. Los justos que habitan allí, así como algunos próceres y héroes, entran allí casi en seguida después de morir en Enrof, pasando con rapidez los mundos de Iluminación. No hay historia humana que nos cuente algo sobre la mayoría de estas almas, pues suelen pasar desapercibidos por el pueblo, sin dejar huella en las crónicas o tradiciones, quedando sólo en la memoria de quienes los conocieron o supieron de ellos por boca de testigos vivos. Son héroes inadvertidos de nuestra vida; pensar algo diferente, o sea, imaginar un Sincretis de la metacultura como cierta asamblea de “celebridades” sería demostrar que nuestra razón místico-moral duerme aún en un sueño profundo.

Otros –en especial los portadores de dones especiales, incluso los que cayeron después de la muerte física al abismo de los purgatorios– son levantados de allí por las fuerzas de la Luz, que les reducen los plazos de su purificación expiatoria, e ingresan en el Sincretis.

No sólo algunos genios del arte, sino próceres y héroes, y todos los justos que desataron ya en Enrof sus nudos kármicos y expiaron el peso

de sus culpas, la muerte les abrió de par en par las puertas de los zatómises.

A otros la muerte les sorprendió agravados, no preparados aún para escalones más altos. Estos tienen que pasar primero una sucesión de peldaños en purgatorios, superiores a los terribles círculos de magmas del núcleo terrestre, pero inferiores a nosotros. Muchos miles de esas almas, cuando llegan por fin a Gotimna, no optan por nuevos descensos a Enrof, sino por la labor y gran lucha en las hermandades de los zatómises.

Otros no agravaron sus almas en Enrof con caída alguna, sino al contrario; pero su horizonte, el volumen de su saber, su sentido de lo cósmico, aunque hayan crecido en su paso por Olinna, no son aún lo bastante grandes. El camino de Olinna ha significado para ellos el comienzo de un viaje, a veces largo, que dura tal vez incluso siglos, hasta que puedan abrazar las tareas y la sabiduría del Sincretis. Por tanto, entre su última muerte en Enrof y la entrada en el Sincretis, estas almas no expían, sino que se amplían y se enriquecen.

El camino de las reencarnaciones no es, en absoluto, una ley universal. Pero la parte predominante de las mónadas sigue, sin embargo, este camino. Ya tuvieron una sucesión de nacimientos en otros pueblos de Enrof, en otras metaculturas, hasta en otros milenios y otros confines de la tierra, y antes del ciclo humano muchos hicieron su camino en otros reinos de Shadanakar. Sus sheltas quizás permanecieron cierto tiempo sobre algunos seres del reino vegetal y animal. Algunos conocieron, en tiempos inmemoriales, las encarnaciones en la humanidad de los titanes, de los protoángeles o daimones. El recuerdo de esta guirnalda de nacimientos se conserva en su memoria profunda, y la personalidad espiritual de esas mónadas posee especial magnitud, ya que el abismo de sus recuerdos es de especial profundidad y su futura sabiduría denota especial amplitud. Todos los portadores del don superior de la genialidad artística —a lo que dedicaremos unos capítulos en otra parte del libro— han tenido antaño semejante guirnalda de encarnaciones. Por el contrario, los justos de las metaculturas cristianas, a diferencia de los justos de algunas metaculturas orientales, conocen en su mayoría otro camino de ascenso: camino que lleva a Enrof una sola vez, pero

que en los viajes por otras capas muestra las alturas del mundo cuyo recuerdo flamea en sus almas cual estrella cuyos rayos, durante su única vida en Enrof, desenredan en su corazón todas las redes de las tinieblas.

La actividad de los Sincretis es infinitamente amplia y multiforme y, en mucho, inaprehensible para nosotros. Puedo señalar tres aspectos que tiene: ayuda—creación—lucha.

Ayuda hacia todos cuantos no han llegado aún a los zatómises. Los ángeles de las tinieblas, dueños de los purgatorios, no soltarían a sus víctimas, aun por siglos y siglos, si no fuera por los incesantes esfuerzos de los Sincretis. Los magmas y los mundos aterradores del núcleo terrestre retendrían a los atormentados hasta el tercer período mundial (ahora está terminando sólo el primero). Los que viven en Enrof estarían rodeados de una coraza casi impermeable de oscuridad espiritual si no fuera por los Sincretis.

Pero esta labor —salvadora de unos, aliviadora, protectora, enriquecedora, ilustradora de otros— sólo es el primer aspecto. El otro es la creación de valores autónomos de importancia impercedera. Sin embargo, podemos contemplar únicamente en grado mínimo las obras de los Sincretis, y menos aun comprenderlas, porque al intentar expresar su significado con nuestros conceptos, éste se escapa por completo.

Es algo más comprensible el tercer aspecto de la actividad de los Sincretis: su lucha con las fuerzas demoníacas. Digamos que libran un combate corpóreo pero sus armas, desde luego, no tienen un solo punto de coincidencia con las de Enrof. Son variadas, dependen tanto del perfecto dominio del propio ser, como del blanco a que apuntan. Pero su principio común se caracteriza por tratar de conseguir una concentración de los efluvios volitivos tal, que paralicen al enemigo. Los hermanos del Sincretis no pueden morir en el combate. Sin embargo es posible otra cosa: en caso de derrota, un largo cautiverio en lo hondo de las fortalezas demoníacas.

Los paisajes de los zatómises se complican con un equivalente de ciudades que, por cierto, poco se parecen a las nuestras y además no tienen viviendas en el sentido estricto de la palabra. La función de los edificios es muy especial: es básicamente allí donde los hermanos de los Sincretis se comunican con otros mundos y con espíritus de otras

jerarquías. El contacto, de formas superiores, con las mónadas de los elementales se realiza en edificios llamados sheritales. Sin embargo, en la arquitectura de los zatómises se adivinan estilos que conocemos en Enrof, pero elevados a grados muy superiores. Esto es el resultado de procesos paralelos difíciles de comprender, pero que no obstante han de ser comprendidos. Es que las bellas construcciones arquitectónicas de Enrof se nutren de efluvios de muchas psiquis humanas y así adquieren un alma, o más exactamente, un astral: dichos astrales permanecen en los zatómises. Pero los zatómises tienen también edificios sin doble alguno en Enrof, como los mismos sheritales. Los hay también que fueron captados, comprendidos por los artífices de Enrof y trazados para plasmarlos en la tierra, pero la historia les puso una barrera insuperable.

Los hermanos de los Sincretis pueden bajar a los mundos de escala descendente hasta los magmas, y subir hasta capas muy altas designadas como Aspectos Superiores de los Trans-mitos de las religiones mundiales.

En cada zatomis predomina el idioma transfigurado del respectivo país de Enrof, pero allí no es sólo un idioma fonético sino también lumínico. No es nada extraño aplicar a estos idiomas nuestro concepto de "vocabulario", pero se distingue mucho del nuestro, por corresponder a otro caudal de conceptos incomparablemente más rico. Junto con estos idiomas de las metaculturas, existe un idioma común para todos: de ahí nacen los nombres de las capas, entes y jerarquías. La rapidez y facilidad con que se asimilan allí diversos idiomas no se compara en absoluto con el correspondiente proceso de Enrof: ocurre sin esfuerzo alguno, casi por sí solo. El idioma común de los zatómises suele llamarse idioma del Sincretis del Mundo, lo cual no es muy exacto (el Sincretis del Mundo, que trataremos más adelante, conoce formas de comunicación que nada tienen que ver con ningún idioma fonético). Pero bajando de las alturas a los zatómises de las metaculturas, los hermanos del Sincretis del Mundo orientaron la creación del idioma común de los zatómises, y sólo por eso su nombre convencional se relaciona con ellos.

En los zatómises, además de los Sincretis, habitan también otros seres: los futuros ángeles. Son maravillosas criaturas de Dios; y si

recordamos a las aves míticas, como las sirenas y alcionostes de nuestras leyendas, nos aproximaremos a la imagen de estos entes cuya presencia embellece la vida en los zatómises de Bizancio y Rusia y que son predestinados para ser luego "arcángeles de sol". En otros zatómises habitan otros seres no menos hermosos.

Hemos llegado, pues, a la relación de los distintos zatómises. Son diecinueve.

Maif: el más antiguo de los zatómises, país celestial y Sincretis de la metacultura Atlántica que existió en Enrof entre el décimosegundo y el noveno milenio antes de Cristo, aproximadamente.

La Atlántida se hallaba en un archipiélago cuya principal y mayor isla recordaba en tamaño a Sicilia. La poblaba una raza de piel roja. Era una sociedad esclavista, compuesta primero por varios Estados menores que luego se unieron en un despotismo. Su concepción del mundo era politeísta, con un enorme estrato de magia. Ensombrecía su panteón y su culto una adoración demoníaca. De las culturas bien conocidas, la Atlántida sería más afín a Egipto y en parte a los aztecas, pero más lúgubre y grave. De las artes predominaban la arquitectura, la escultura y la danza. Su civilización de ningún modo puede considerarse alta aunque los atlantes usaron una cadena de islas menores entre la Atlántida y América para mantener contacto con este continente, donde tenían su origen. Más tarde llegaron hasta África Occidental. La leyenda sobre la Atlántida pasó luego a Egipto por medio de la antigua civilización Sudanesa, hoy desconocida, pero cuyo rastro puede descubrirse aún en el futuro. Sobre los conceptos éticos de los atlantes dominaban imágenes de divinidades implacables y codiciosas, y en el culto tenía gran importancia el canibalismo ritual. En el período posterior surgieron movimientos religiosos semiesotéricos de orientación luminosa. Pero el cuadro general era bastante lúgubre debido a la gran actividad de los principios demoníacos.

La isla mayor, y las menores que la rodeaban, sucumbieron a causa de una serie de cataclismos sísmicos. Pequeños grupos de habitantes se salvaron en América, y uno en África donde se diluyó entre la

población negra de Sudán. Actualmente Maíf, que lleva ya unos quince milenios existiendo sobre cierta zona del océano Atlántico, ha alcanzado inmenso poderío de Luz.

Su imagen emblemática es: templo rojo sobre fondo negro; delante de él, cuatro figuras en blanco, con brazos levantados.

Las figuras simbolizan los cultos de cuatro divinidades luminosas: la espiritualidad descendió a la cultura Atlántica a través de estos cultos.

Linat: zatomis de la llamada Gondvana; pero no entendemos bajo este nombre el continente inmemorial que mucho antes del hombre existió en el Océano Índico, sino la metacultura cuyos focos en Enrof eran Java, Sumatra, Indostán Sur y algunas ciudades que hoy reposan en el fondo marino. La cultura de Gondvana existió hace seis y más milenios antes de Cristo.

Era un grupo de Estados a modo de oligarquías comerciales con base esclavista y con un sistema de navegación muy desarrollado, que incorporó en el intercambio comercial y cultural a los litorales de la península de Indochina, Ceilán y muchas islas de Indonesia. Dominó el politeísmo y básicamente las mismas tres artes; la danza evolucionó a teatro de misterios. Pero Gondvana desconoció la crueldad demoníaco-religiosa y sanguinaria de los atlantes. Era un pueblo sensual, sanguíneo, ávido de la vida, muy dotado en lo artístico, con una vida muy intensa en la esfera sexual. La mística del sexo impregnaba tanto el culto como la vida cotidiana, que llegó en su época de auge a un genuino esplendor; ni la Atlántida, ni siquiera Babilonia o Egipto conocieron semejante opulencia. Creo que la raza de Gondvana puede definirse como protomalaya. En todo caso eran de tez morena, anchos pómulos y carnosos labios, sus alargados ojos eran un poco rasgados, las figuras esbeltas y musculosas, de espaldas anchas, cintura fina y pantorrillas muy fuertes. El pueblo ostentaba una belleza meridional, pletórica y apasionada.

Milenios después en la misma zona surgió la cultura Indomalaya, que imitó en algo a su predecesora pero fue mucho más espiritualizada.

La imagen emblemática de Linat es: mujer en violeta y hombre en verde, abrazados por los hombros, sobre un fondo dorado, bajo la mitad inferior roja del disco solar.

El violeta significa aquí el cruce del azul –fuerzas de la Femenidad Mundial cuya expansión tan potente en la metacultura de Gondvana fue la primera en toda la existencia de nuestra humanidad– con el rojo que simboliza el elemento espontáneo, no de los elementales de la Naturaleza, sino de la actividad muy intensa de algunos elementales vinculados a la humanidad. El verde designa la misma fuerza activa de los elementales de la Naturaleza. El oro es el fondo hierático que denota una realidad espiritual ya desarrollada, presente tras este suprapueblo.

Ialu (creo que también tiene un nombre parecido a **Atheam**): zatomis de la metacultura del Antiguo Egipto.

Eclipsando por entero a la Atlántida con su magnitud y majestad, esta cultura creó, aún en tiempos de su existencia histórica, un enorme Sincretis y un zatomis deslumbrante. Pero las fuerzas demoníacas lograron un triunfo serio en el siglo XIV a. de C. cuando las Fuerzas Providenciales, valiéndose del gran prócer y profeta Akenatón, dieron el primer paso en la historia mundial para iluminar las conciencias populares hacia la realidad del Dios Uno. De haber resultado la reforma de Akenatón, hallando sucesores y continuadores dignos, la misión de Cristo se habría realizado varios siglos antes, y no en el Jordán, sino en el valle del Nilo.

Anotaré que la creencia egipcia en el Nilo Celestial se apoyó en la vivencia de una realidad superior. El magnífico río que pasa por Ialu, el mítico país de los Bienaventurados, o sea el zatomis de la metacultura, tiene múltiples capas: es tanto el gran elemental espiritualizado del Nilo terrenal, como el Alma Ideal Conciliar del pueblo egipcio.

Imagen emblemática: velero blanco en un río azul que corre hacia el sol.

Eanna: zatomis de la antigua metacultura Babilónico-asirio-cananea surgida, por lo visto, en el cuarto milenio antes de Cristo. Los templos-observatorios de siete gradas, cumbres y centros de grandes

urbes de Mesopotamia, reproducían en Enrof, reflejándola, la grandiosa ciudad celestial que edificaba el Sincretis de este zatomis. Pero los zigurats de Babilonia y la corporación del alto sacerdocio iniciado, al recibir en estos observatorios místicos las radiaciones de las fuerzas cósmicas luminosas, no se guardaron de percibir, también, la irradiación en extremo activa del anticosmos galáctico cuyo centro en Enrof coincide con el sistema de la estrella Antares. Ello iba enturbiando cada vez más la religión, ya de por sí ambigua, virtiendo un veneno sutil en la entidad de los perceptores, que densificaba y agravaba su constitución anímica con el peso de la duda y la negación.

La metacultura Babilónica fue la primera en que Gagtungr (el gran demonio planetario) logró que encarnara, en una capa subterránea cuatridimensional vecina del shrastra babilónico, cierto poderoso ente demoníaco, el uizraor, cuyos descendientes han desempeñado en la metahistoria de la humanidad un papel inmenso y en extremo nefasto. El uizraor fue en gran parte culpable de la mengua espiritual general que afectó a esta cultura en Enrof. Y aunque la diosa del reino subterráneo, Ereshkigal, fue derrotada al fin por la luminosa Ashtarté, que bajó a los abismos de tormentos transfísicos de Babilonia en un alarde de amor y sacrificio, sobre las almas humanas –menos las de reyes y sacerdotes– gravitaba un desaliento pesimista, casi nihilista: la comprensión intuitiva del poder paralizador de las fuerzas demoníacas.

Imagen emblemática: zigurat blanco de siete gradas.

Las siete gradas simbolizan las siete capas vividas y claramente concienciadas por la aprehensión religiosa del suprapueblo Babilónico.

Shang–Di: zatomis de la metacultura China, que ha existido en Enrof desde el segundo milenio a. de C. hasta hoy día. Su notable aumento empezó en los últimos siglos antes de Cristo, cuando el confucianismo creó un código moral duradero y un modo de vida que elevó el nivel ético del pueblo. Sin embargo, se puso un techo bastante bajo al libre desarrollo de las facetas superiores del alma. Petrificada poco a poco, la ley confuciana se convirtió más en un freno que en un camino de ascenso. Ello explica por qué el volumen y la fuerza del zatomis chino, pese a su antigüedad, no son tan grandes como se podría esperar. La

difusión del budismo hizo que sobre la China geográfica se extendiera otro zatomis coexistente con Shang–Di y que en los últimos siglos ha ido admitiendo en su seno muchas más almas iluminadas que el propio zatomis nacional chino.

Imagen emblemática: bello rostro femenino con corona en forma de loto.

Sumera (o Meru) (ignoro cuál de los dos nombres debe considerarse correcto):

El zatomis de la metacultura Hindú es el más potente de todos los zatómises de Shadanakar. Según la mitología antigua, la cima del monte Sumera se coronaba con la ciudad de Brahma; en sus laderas estaban las urbes de otras divinidades del hinduismo, pero la India Celestial no se limitaba a ellas sino que incluía varias grandes regiones de tierra firme separadas por mares. Hoy la India Celestial permanece sobre una zona geográfica de Enrof mucho más extensa que los límites del Estado de la India. Durante cuatro mil años, la actividad espiritual de los pueblos de la India, excepcionalmente dotados en lo religioso, hizo que se separasen de ella dos metaculturas convertidas en sistemas independientes de capas. Y la propia India Celestial se ha nutrido de tantos seres iluminados que el influjo de su Sincretis ha superado, en el siglo XX, toda la fuerza de los principios demoníacos. La India es la única cultura de Enrof que sigue un desarrollo indeclinable por el alto camino ético. Mucho antes, el poderío del Sincretis de la India impidió que las fuerzas de Gagtungr crearan –como lo hicieron en las demás metaculturas– capas de sufrimiento irremediable. Antes de Cristo, esta metacultura fue la única que sólo tenía purgatorios, sin alcanzar con su extremo inferior a los magmas.

El Meru tiene dos grandes centros: sobre el Himalaya y sobre los montes Nilgiri en la India Central, así como multitud de centros menores. Además, el Sincretis Hindú posee en Enrof un punto de apoyo firme, personificado en cierto colectivo humano fluctuante, que se desplaza según las épocas por una curva geográfica (antes de la segunda guerra mundial estaba en el Pamir, y ahora se halla en la India Sur).

El paisaje de la India Celestial semeja al de la Rusia Celestial pero tiene una naturaleza más exuberante: influyen tanto el carácter tropical de los respectivos países de Enrof como la larga existencia de este zatomis. Por todo el zatomis pasa el Ganges Celestial (para la metacultura Hindú tiene la misma importancia doble que el Nilo Celestial para la Egipcia).

La imagen emblemática es: tres cordilleras blancas, una más alta que otra, coronadas de urbes de oro. Su significado: la primera cordillera es el zatomis, la segunda y la tercera son mundos muy altos, el aspecto supremo del Trans-mito Hinduista.

Zervan: zatomis de la metacultura del Antiguo Irán (mazdeísta).

La insuficiente precisión de la idea monoteísta en esta religión, por cierto muy sublime y pura, no permitió crear el suelo necesario para que la misión de Cristo pudiera realizarse en Irán. El posterior intento de la metacultura Iraní de compensar este fracaso suyo creando una nueva religión internacional, el maniqueísmo, llevó al segundo fracaso pues la irradiación demoníaca tuvo acceso a la conciencia creativa de sus fundadores. En el momento de la conquista musulmana la cultura Iraní agotó su avance. En siglos posteriores, su único punto de apoyo en Enrof resultó ser la comunidad persa en la India. Es natural pues que el número de los que ingresan en Zervan a través de los mundos de Iluminación es ahora en extremo pequeño; y el propio Zervan casi se ha apartado de las zonas geográficas de Enrof.

Imagen emblemática: altar de fuego llameante.

Olimpo: zatomis de la antigua metacultura Greco-Romana.

Así se llama también el centro del zatomis, magna urbe de los iluminados realmente vinculada a la zona geográfica del monte Olimpo, y todo el país celestial de la metacultura Greco-Romana. Este zatomis fue, en la época de la existencia histórica de Hélada y Roma, morada y arena de acción para las jerarquías no humanas que se reflejaron en las imágenes del panteón greco-romano, y se convirtió poco a poco, durante el milenio después de Cristo, en la morada del Sincretis. Las jerarquías que otrora permanecieron allí han realizado, durante los

últimos siglos transcurridos, un enorme camino de ascenso; y hoy habitan y actúan en mundos mucho más altos, pero al mismo tiempo permanecen sobre el Olimpo e irradian con eficacia a su Sincretis.

El demiurgo de la metacultura Greco-Romana se llama Apolo. Palas Atenea es el nombre del Alma Ideal Conciliar de este suprapueblo.

Imagen emblemática: antiguo templo blanco en un monte, con un cielo azul de fondo.

Nijord: zatomis de la metacultura Hebrea, sólo es la capa inferior del Sincretis de Israel.

Nijord fue fundado por el gran espíritu humano Abraham. Los antiguos maestros del hebraísmo fueron irradiados por el demiurgo de este suprapueblo pero la pureza de la irradiación no se logró, primero debido al influjo de los elementales enlazados al “genio del lugar” del monte Sinaí, y luego del uizraor hebreo. Sin embargo, bajo el “Yo” de los libros bíblicos debe entenderse el Todopoderoso. La monoteización era necesaria para toda la humanidad, como suelo sin el cual no se realizaría en Enrof la misión de Cristo. Se logró introducir la idea monoteísta en la conciencia del pueblo a costa de un esfuerzo colosal, que extenuó a Nijord por largo tiempo. De ahí la lucha, no siempre victoriosa, con las fuerzas demoníacas y el carácter trágico de la historia hebrea.

En el siglo que concluyó con la vida y la muerte de Jesús, esta zona –geográficamente pequeña– fue escenario de la lucha más intensa entre Gagtungr y las Fuerzas Divinas. Lo detallaremos un poco en otro momento. La resurrección de Cristo se acogió en Nijord con gran júbilo, ya que la actitud del Sincretis Hebreo hacia el Logos Planetario es la misma que en los demás zatomises: no puede ser otra. Pero a los que entran en Nijord les espera antes, en Olirna, el descubrimiento de la verdad de Cristo, no comprendida por ellos en la tierra (descubrimiento sorprendente que muchos no pueden asimilar durante largo tiempo).

La destrucción de Jerusalén y del reino hebreo repercutió en Nijord con gran dolor pero también con la conciencia de que era lógico. No le podía pasar otra cosa al agresivo pero débil uizraor hebreo, después de que libró una lucha irreconciliable contra el demiurgo del suprapueblo,

durante los años en que Cristo predicó en la tierra. Después de la definitiva derrota de los hebreos, en tiempo de Adriano, no hubo ni hay más uizraores hebreos. Pero tras el uizraor se ocultaba otra jerarquía demoníaca más temible: un engendro de Gagtungr, verdadero rival del demiurgo, quien siguió influyendo en los hebreos también durante la dispersión. El judaísmo medieval continuó su formación influido por dos polos: este demonio y Nijord. Ahora Nijord se nutre ya de un mínimo de nuevos hermanos que, sin embargo, entran justamente por medio del judaísmo en los mundos de Iluminación.

La restitución del Estado de Israel en el siglo XX no tiene nada que ver con Nijord; el templo en reconstrucción no es sino un espectáculo teatral. El nuevo uizraor israelí no ha nacido, pero desempeña el papel similar un ente que será explicado en el capítulo sobre los egregores, y que es influido intensamente desde el nido principal de las fuerzas demoníacas.

En lo geográfico, Nijord sigue enlazado hasta hoy con la región de Palestina.

Imagen emblemática: tienda rodeada de árboles con enormes frutos rojos. Su significado: la tienda es el tabernáculo del Testamento, símbolo de la revelación del Uno retenida en la historia por primera vez; los árboles de frutos es la Tierra Prometida, que no espera al suprapueblo en la tierra sino en el zatomis.

Paraíso: nombre convencional del zatomis de la metacultura Bizantina. Como los demás zatómises de las metaculturas cristianas, es una de las escaleras que llevan, por distintos lados, hacia un mundo muy alto denominado Jerusalén Celestial, que no es sino el Aspecto Supremo del Trans-mito Cristiano; más tarde trataremos de dilucidar, un poco, este tema.

El Paraíso es una capa poderosa y antiquísima, que en parte existe también sobre Rusia. Su fundador es el gran espíritu humano que en Enrof fue Juan Bautista.

El triunfo de Jesucristo, aunque logrado sólo en parte, provocó gran excitación en los mundos demoníacos. En particular, se esforzaron por impedir que los abismos de tormento de la metacultura Bizantina se

reformaran en purgatorios temporales. Los esfuerzos fueron exitosos pero a fin de cuentas la cultura Bizantina en Enrof cayó víctima de ello. La ausencia de purgatorios y el descenso postrimero –inevitable para los pecadores– a los tormentos irremediables de los magmas y el Núcleo, generaron el estable horror ante el más mínimo pecado, que dominó a los hombres de Bizancio más dotados espiritualmente; ello fue lo que condujo, en gran medida, al extremo del ascetismo.

Los pueblos eslavos del sur se encuentran, metahistóricamente, en una región intermedia entre las metaculturas Bizantina, Rusa, Católica–Romana y Musulmana. Sus Sincretis están en el Paraíso.

Imagen emblemática: arroyo en un jardín floreciente, hombres de ropas doradas. Las ropas simbolizan el cuerpo transfigurado; y el dorado significa impregnación con las fuerzas del Padre de los Mundos.

Edén: nombre convencional del zatomis de la metacultura Católico–Romana, una de las escaleras que llevan a la Jerusalén Celestial. Pertenecen a esta metacultura también algunos pueblos de otra raíz étnica: polacos, húngaros, checos, irlandeses, croatas.

El fundador del Edén es el gran espíritu humano que en Enrof fue el apóstol Pedro.

La imagen emblemática es la misma que en el Paraíso pero el color predominante es el azul claro, que significa la mayor impregnación del catolicismo con el principio de la Femenidad Mundial.

Montsalvat: zatomis de la metacultura del Noroeste europeo, el Norte americano, así como de Australia y algunas partes de Africa: es el zatomis geográficamente más extenso y desmembrado. El fundador de Montsalvat es el gran espíritu humano Titurel, relacionado con Cristo mucho antes de que el Salvador encarnara en Palestina. Como Lohengrin o Parsifal, no es un héroe legendario sino un hombre que otrora existió realmente en Enrof (aunque no en Palestina). El Grial contiene la sangre etérica de Cristo derramada en el Gólgota.

La delimitación de las capas de Edén y Montsalvat se basa generalmente en las diferencias nacionales y culturales existentes entre los pueblos romanos y germánicos. Pero el carácter más religioso o laico

de la actividad humana aportaba numerosas correcciones en los destinos postrimeros de los hombres de Europa Occidental, y además Montsalvat surgió unos siglos después de Edén.

Francia está en una situación intermedia, su tragedia consiste en no tener un Sincretis propio. Algunas mónadas ascendentes de Francia han subido en sus postrimerías a Edén, y otras a Montsalvat.

El centro de Montsalvat, antes vinculado al sistema de los Alpes, se trasladó a fines de la Edad Media lejos, hacia el Este; y ahora se vincula con el Pamir (las causas de esto son muy complejas). Pero sobre Europa y América brilla una multitud de otras meta-ciudades menores. Algunas están sobre centros de Enrof físicamente pequeños pero potentes en lo espiritual, como Heidelberg, Cambridge y Weimar.

Imagen emblemática: templo gótico pero blanco, sobre un pico de montaña; sobre el fondo del templo, un cáliz escarlata, resplandeciente.

Junfleya: zatomis de la metacultura Etíope, que ha vegetado durante dos mil años en condiciones histórico-geográficas en extremo desfavorables, como un islote del cristianismo entre dos océanos hostiles: el islam y el paganismo primitivo de las tribus negras. Esta metacultura no ha podido realizar ni la décima parte de sus potencias. Ahora transcurre un proceso metahistórico doloroso: Junfleya se traslada a otra sacuala, la de las metaculturas que, trágicamente, no terminaron de construirse en Enrof. Con una concurrencia excepcionalmente feliz de las circunstancias históricas, este proceso aún podría revertirse.

Imagen emblemática: edificio redondo blanco en velos ondeantes. Su significado: el edificio es el zatomis, y los velos materialidades sutiles y sutilísimas.

Jannat: zatomis de la metacultura Musulmana.

El islam se diferencia de las demás religiones mundiales por la ausencia del aspecto superior del trans-mito, o sea, que la sacuala muy elevada de mundos de trans-mitos superiores de religiones mundiales carece de un mundo vinculado especialmente al islam. Ello repercutió en la pobreza de la mitología musulmana, en el hecho de que la mayoría de las imágenes y argumentos transfísicos elaborados en él no sean

originales sino tomados preferentemente del judaísmo y el cristianismo. Siendo en muchos aspectos una regresión frente al cristianismo, el islam, no obstante, brinda al alma la posibilidad de movimiento ascendente, ayuda a que las fuerzas de espiritualidad se viertan en la vida, y durante su existencia histórica ha creado un zatomis no tan potente pero muy luminoso y un Sincretis brillante.

Imagen emblemática: mezquita blanca entre dos palmeras inclinadas en simetría; hombres en verde y blanco. Su significado: la mezquita es el zatomis y las palmeras son los dos ritos básicos del islam.

Sukhavati: *-Paraíso Occidental del Amitabha Buda-* zatomis de la metacultura relacionada con el budismo septentrional, el llamado Mahayana. Domina sobre Tibet y Mongolia, y sobre Japón y China coexiste con Shang-Di y con el zatomis nacional japonés, Nikisaka.

Sukhavati se separó de la materna metacultura Hindú en el siglo IX, cuando los centros del budismo se desplazaron definitivamente de la India a Tibet y China. Se reforzó especialmente tres o cuatro siglos más tarde cuando la metacultura Himalaya, que había iniciado su camino brillantemente, comenzó su prematura decadencia y los centros chino-tibetanos del budismo afirmaron su papel rector.

El zatomis de Sukhavati es uno de los más multitudinarios y fuertes. Es una de las dos escaleras que llevan hacia el alto mundo del *Aspecto Superior del Trans-mito Budista*, que se denomina Nirvana y que trataremos más adelante.

Imagen emblemática: alborada sobre lotos.

Aireng-Daliang: zatomis de la maravillosa metacultura Indomalaya, poco conocida aún en Rusia. Separada de la metacultura Hindú en el siglo V, aproximadamente, abarcó los reinos brahmano-budistas de Java, de la península de Indochina y Ceilán. Durante algún tiempo se expresó históricamente en el imperio de Sailendra que unió ese territorio, pero luego se debilitó notablemente tanto por la separación de Java, convertida al islam, como por los demonios agresivos, los uizraores de Europa, que la invadieron a fines del siglo XIX. Hoy subsiste aún en los reinos

indochninos, y un favorable clima histórico podría originar su nuevo florecimiento.

Imagen emblemática: niños rientes en el jardín de un palacio-templo.

Rusia Celestial: este zatomis se detallará más que otros dentro de pocas líneas.

El zatomis de la metacultura **Negra.**

Lamento no saber casi nada de él, ni siquiera su nombre. Se sabe que es joven y muy débil todavía. Después de derrumbarse la cultura Sudanesa, con su religión que dejaba derramar la espiritualidad no sólo en capas más altas sino también en la masa de los pueblos negros de Africa Ecuatorial, los negros perdieron por largo tiempo la posibilidad de los caminos ascendentes después de la muerte. Se les empezaron a entreabrir sólo hace pocos siglos, cuando algunas tribus alcanzaron el estadio en que los sistemas politeístas confusos admitieron las primeras manifestaciones de la espiritualidad. En grado aún mayor, los caminos ascendentes se abrieron a los pueblos negros junto con la difusión –por desventura escasa– del islam y el cristianismo. Metahistóricamente importó también la fundación de Liberia, que creó en Africa Ecuatorial un foco pequeño pero bien protegido de espiritualidad cristiana.

Con el zatomis negro se relaciona también la población negra de América. Representantes de la raza blanca suben a este zatomis sólo como rara excepción. Harriet Beecher-Stowe, por ejemplo, al llegar a Montsalvat, se retiró de allí al zatomis negro donde durante mucho tiempo su actividad tuvo una enorme importancia: fue en parte como una reina y en parte jefe del sacerdocio.

Imagen emblemática: escalera que va de un lago a un edificio redondo color naranja. Su significado: el lago es la materialidad del suprapueblo, el edificio es el zatomis. El naranja es mezcla del oro solar con el escarlata de los elementales vinculados a la humanidad, no a los reinos de la Naturaleza.

El último de los grandes zatómises está todavía en fase de creación. Es **Arimoya**, el futuro zatomis de la metacultura humana universal

relacionada con la eclosión y dominio de la venidera interreligión de la Rosa del Mundo. La materialidad de Arimoya, como de otros zatómises, es creada por una de las jerarquías angelicales conocida con el nombre de Dominaciones; el gran espíritu humano que en su última encarnación en la Tierra fue Zoroastro dirige la creación de lo que me atrevería a designar con la expresión convencional de “gran diseño”.

Imagen emblemática: catedral blanca de muchas torres, con torre central principal, columnatas y escaleras, rodeada de una fila de enormes instrumentos musicales que parecen liras doradas. Su significado: las torres son los zatómises de la humanidad, la torre central es Arimoya; las columnatas son mundos de daimones, ángeles, elementales, animales iluminados; las liras son todos los pueblos del globo Terráqueo.

Rusia Celestial.

Imagen emblemática: ciudad blanca rosada de muchos templos, en la orilla alta sobre el meandro azul de un río.

Como los demás zatómises, la Rusia Celestial –o Santa Rusia– se relaciona con la geografía de la capa tridimensional coincidiendo más o menos con los contornos de nuestro país. A algunas de nuestras ciudades corresponden sus grandes centros; en medio se extienden regiones de bella naturaleza iluminada. El mayor centro es el Kremlin Celestial, que permanece sobre Moscú. Sus santuarios brillan con un dorado y blancura ultraterrenales. Y sobre el meta-Petersburgo, alto en las nubes del otro mundo, se levanta la grandiosa estatua blanca de un jinete veloz (no es la efigie de alguien sino el emblema que expresa la dirección del camino metahistórico). Los centros menores se esparcen por todo el zatomis; entre ellos se alzan también las cimas metaculturales de otras naciones que componen, junto con la rusa, el suprapueblo unido. Allí permanecen los Sincretis de Ucrania, Georgia, Armenia; ahora empieza a unirse a este zatomis también el Sincretis del pueblo búlgaro, con sus urbes celestiales.

Ignoro el total de habitantes de la Rusia Celestial pero sé que medio millón de iluminados, aproximadamente, permanece ahora en el Kremlin Celestial.

El Demiurgo Yarosvet se manifiesta en el cielo y aire de aquel mundo, como si fuera un océano transparente de poderío que, pasando de un horizonte a otro, inundara los corazones. Este poderío se concentra en los templos del demiurgo; su imagen se perfila, su voz se torna inteligible y se entabla una comunicación entre él y los iluminados, comunicación que les brinda la fuerza y la sabiduría suprema.

De igual forma se manifiesta otra jerarquía semejante al demiurgo: grandes espíritus, guías de naciones concretas que integran nuestra metacultura. Los hay más antiguos que Yarosvet, como el joven guía de pueblo de Ucrania. Pero aún faltan allí la Nauna, Alma Conciliar Ideal del pueblo ruso, y sus hermanas, Almas Conciliares de otros pueblos (cautivas en los bloques estatales, en la ciudadela del demonio de gran Estado –el uizraor–, en el mundo subterráneo de la antihumanidad rusa) de las cuales llegan a la Rusia Celestial sólo sus remotos ecos, sus reflejos debilitados.

Mares de éteres fosforescentes –son almas de los elementales que refulgen con colores inimaginables– bañan allí construcciones que se podrían comparar remotamente con moles de montañas blancas y azules.

La Iglesia rusa canta a aquel mundo, cuando despide a sus difuntos en el camino sin regreso para que el Señor les consuele, en un «lugar de luz, de refrigerio y de descanso donde no hay pena ni clamor sino vida eterna».

Los recién venidos se presentan en la Rusia Celestial en santuarios especiales, no con aspecto de bebés sino ya de niños mayores. Su estado normal se parece, precisamente, a la infancia. Y al cambio de edades lo sustituye la luminosidad y la fuerza espiritual crecientes. No hay concepción ni nacimiento. No son padres sino padrinos quienes preparan las condiciones necesarias para el alma iluminada que asciende allí desde Gotimna. En algunos hermanos del Sincretis se podría adivinar rasgos que conocimos en tiempos de su vida en Enrof, pero ya son lucientes, deslumbrantes: irradian la gloria espiritual, sutilizados y aliviados. Su ropa, generada por el cuerpo transfigurado, reluce por sí misma. Son libres de moverse en las cuatro direcciones del espacio: ese movimiento se parece remotamente al planeo de las aves pero es muy superior en ligereza, libertad y rapidez. No hay alas. La percepción de los iluminados

llega a multitud de capas tanto descendentes: purgatorios, magmas, la temible Gashsharva, como ascendentes: mundos de Iluminación, círculos de ángeles, daimones y elementales, mundos irradiados por otras branfaturas, mundos de los Aspectos Superiores de los Trans-mitos Mundiales. También pueden entrar en los tenebrosos shrastres: mundos de la antihumanidad cuyos habitantes les ven pero son incapaces de darles muerte. Tienen acceso también a nuestro Enrof, pero los humanos pueden percibirlos sólo con la visión espiritual.

El amor del hombre y la mujer que en Enrof merece llamarse grande continúa también allí, pero liberado de cuanto lo perjudicaba, acrecentado y más profundo. Entre algunos existe también la intimidad corporal; pero ajena en absoluto a las funciones procreativas, ni tiene que ver, en general, con la intimidad corporal existente en Enrof. Muchos órganos del cuerpo han cambiado allí por entero su estructura, destino y significado, incluidos los de ingestión y digestión de alimentos, porque el proceso que repone las fuerzas vitales allí es parecido a la respiración. La creciente espiritualidad acerca paulatinamente al iluminado a la siguiente gran trans-formación del cuerpo, que le llevará a mundos más elevados, a la Jerusalén Celestial y más alto todavía, hasta el Sincretis del Mundo y la Élite de Shadanakar.

En los zatómises no hay nada similar a nuestros aparatos técnicos: los sustituye algo diferente, muy difícil de comprender. Anotemos, sin embargo, que el principio no consiste en crear dispositivos mecánicos con materia ajena sino en desarrollar multiformes facultades del propio ser. Con materia ajena sólo se hace allí algo en cierta medida comparable con las obras de nuestras artes espaciales.

Brillan allí, por doquier, “almas” de las iglesias que existieron en nuestro país o debían construirse. Muchos templos tienen, empero, un uso que nos costaría comprender. Hay santuarios para comunicarse con los ángeles, con el Sincretis del Mundo, con los daimones, con las jerarquías supremas. Magnos templos se destinan a encuentros con Jesucristo, que a veces desciende allí adoptando forma visible, antropomorfa; otros son para los encuentros con la Madre de Dios. Ahora se erige allí el magnífico templo para morada del Gran Espíritu Femenino que adoptará la carne etérica y astral del matrimonio del

Demiurgo Ruso con el Alma Conciliar Ideal de Rusia. Desde niño me habitué a llamarlo templo del Sol del Mundo, pero el nombre no es correcto. Es lícito para otro edificio más grandioso aún, que se prevé crear en Arimoya.

El templo que se construye en el Kremlin Celestial se denomina morada de Zventa-Sventana, y más tarde explicaré qué significa dicho nombre. Esta gran Entidad Femenina ya se hizo presente en uno de los altísimos mundos de Shadanakar. Jamás encarnará en Enrof pero “nacerá” en la Rusia Celestial con aspecto antropomorfo. No será nuestra reina ni diosa sino luz, gracia y belleza divina.

Una escala de mundos maravillosos que traslucen uno en otro sube desde el altar en el templo de la Femenidad, y también en los templos de Cristo y en los templos del demiurgo Yarosvet. La escalera sube hacia la Jerusalén Celestial y, finalmente, hacia los umbrales de la Salvatierra Mundial.

De vez en cuando “nacen” en la Rusia Celestial grandes espíritus humanos, los que concluyeron su camino en Shadanakar llegando a sus mundos supremos y ahora con-crean con el Logos Planetario. Para ayudar a los inferiores, abandonan la Élite de Shadanakar y, en misiones que es incapaz de abarcar la mente mística humana más elevada, bajan naciendo en los zatómises, adoptando los mismos cuerpos iluminados que los hermanos del Sincretis, pero les superan incomparablemente en la rapidez con que entran en plena fuerza espiritual y en la magnitud de su Yo. Sus caminos en los zatómises se parecen a los de los genios entre el resto de la humanidad, pero se avisa previamente de sus nacimientos a los Sincretis, que les esperan con alegría y alborozo.

Y quienes fueron genios y mensajeros en la Tierra prosiguen su obra creativa en los zatómises, tras pasar por expiaciones, iluminaciones y trans-formaciones.

Aumenta la beatitud de los propios hamayunes y sirenas cuando ven las epopeyas que crean allí las grandes almas que la última vez pasaron por la Tierra bajo el nombre de Derzhavin y Pushkin, Lérmontov y Gógol, Tolstói y Dostoievski, Rubliov y Súrikov, Glinka y Músorgski, Kazakov y Bazhénov. Oleadas lucientes de melodías inefables suben, a veces, algo así como desde el corazón de los montes celestes: sumen

el alma en un gozo espiritual que reventaría un corazón terreno y, subiendo o cambiando cual nubes de alabanza, bajan en el amor y suavísima alegría.

El gran arquitecto que antaño comenzó a edificar el templo del Cuerpo, Alma y Espíritu en Moscú, en las colinas Vorobiovi, vivió la ruina de su proyecto, el destierro, el olvido y la miseria; ahora crea lo más excelso de cuanto existe en el Kremlin Celestial: los interiores en la morada de Zventa-Sventana.

Pero entre los iluminados de la Rusia Celestial conocemos, por la historia de nuestra Patria, sólo una ínfima minoría. Los demás nombres no dirían nada a nuestra memoria.

En los monasterios de la Rusia de Kíev y de Moscú, como en los conventos de épocas posteriores, pasaban inadvertidos por su sendero de la vida, no los que eran antorchas de la santidad, sino almas apacibles, menos ricas en dones, que silenciosas y humildes aportaban su óbolo a la creación religiosa, a la labor conciliar del espíritu.

En todas las épocas recorrieron los caminos de Rusia peregrinos y buscadores, narradores y tañedores de bandurrias, autores anónimos de historias y poemas espirituales, de canciones y leyendas, de cuentos no anotados por nadie y posteriormente olvidados, sobre héroes de su tiempo y sus ideales. Y los maravillosos maestros del arte de filigrana o iconografía, carpinteros que construyeron admirables residencias al estilo del terem ruso, humildes iglesias de madera o isbas adornadas con alegría; albañiles, carpinteros de blanco, alfareros, tejedores, orfebres, copistas que trabajaron enamorados de su oficio en talleres, oficinas, celdas o al aire libre y cuyas obras, marcadas por el júbilo creativo y ardiente amor a la vida, regocijaron y alegraron a generaciones enteras: ¿dónde estarán sus creadores y qué crearán ahora sino los valores eternos de la Santa Rusia?

En todas las épocas de la historia rusa miles de mujics, de la gleba, villanos, campesinos pecheros, siervos y libres, que vivieron su vida sencilla y pura, hacían la faena de siembras y siegas como un deber que Dios depositó en ellos, con devoción y agradecimiento a la Madre Tierra, y morían de muerte simple y clara, como creyentes y habiendo perdonado a todos.

En todas estas épocas miles de madres llevaron su cruz educando seres dignos de llamarse humanos y viendo el sentido de su vida en esta obra. ¿No es acaso ésta una de las creaciones más sublimes?

Cuando se empezaron a construir escuelas, cientos de personas dejaron el ámbito de vida acostumbrado y se marcharon –quisiera decir bajaron– a los fondos populares, retirándose para toda la vida a rincones perdidos, en medio de la ignorancia ilimitada, donde no tenían con quién intercambiar una palabra, todo ello para ilustrar a los ignorantes.

¿Y los médicos que trabajaron uno por distrito? ¿Y los doctores héroes en tiempo de epidemias? ¿Y los revolucionarios que no se movieron por el fanatismo, ni por el odio o la sed de poder, sino por el vivo amor a los humanos y el dolor de ver los sufrimientos del pueblo? ¿Y los sacerdotes que, en la medida de los dones que Dios les brindó, fueron modelo de vida sana y pura, cultivando en multitud de corazones sencillos lo mejor de lo que contenían?

Imposible enumerar los caminos de la tierra que, tarde o temprano, llevan al caminante que los transita hacia el Sincretis. Sólo es cuestión de tiempo, de estadios que deben superarse en el camino hacia esta meta. Meta que no se manifiesta en la conciencia humana con plena nitidez pero que es conocida por la mónada inmortal y que la atrae.

¡Oh!, es vano imaginar la Rusia Celestial como liturgias y oraciones interminables, monótonas y austeras. Allí hay placeres espirituales que ni siquiera imaginamos; allí hay bromas, risas y hasta juegos, en especial entre los niños.

Podría enumerar algunos nombres de la cultura y la historia rusa que han entrado en la Rusia Celestial en los últimos cuarenta años. Que se rían los que quieran de esta información. Además, la fama de loco no es nueva para mí. He aquí algunos nombres de los que, sin tener un camino descendente después de la muerte en Enrof, entraron de inmediato a través de los mundos de Iluminación en el Sincretis: Leskov, Rimski-Kórsakov, Kliuchevski, Gumiliov, Voloshin, Rajmáninov, Ana Pávlova, Serguéi Bulgákov, Juan de Kronstadt, el patriarca Tijon, el cesarevich Alexéi Nikoláievich, algunos artífices y miles de héroes muertos por mano de Stalin. He aquí unos pocos nombres de los que entraron en el Sincretis tras breve estancia en purgatorios superiores:

Fet, L. Andréiev, Alexandr Blok, Chaliapin, Alejandro II, Konstantín Románov, el académico Pávlov.

De los iluminados que han subido en la Rusia Celestial a especial altura sé unos nombres: Pushkin, Lérmontov, Gógol, León Tolstói, Alexéi Konstantínovich Tolstói, Dostoievski, los Aksákov, Witberg, Kutúzov y Chémezov, un grabador del siglo XVIII, poco conocido y que murió joven.

Más próximos a la gran trans-formación que lleva a la Jerusalén Celestial y al Sincretis del Mundo están hoy Lérmontov, Vladímir Soloviov, el emperador Juan VI y dos espíritus cuyos nombres me sorprendieron pero se dijo dos veces con firmeza: Shevchenko y Pável Florenski.

Durante toda la existencia del zatomis ruso, por él han ascendido al Sincretis del Mundo algunas decenas de humanos de los que sé estos nombres: Vladímir el Santo, Yaroslav Sabio, Antonio y Teodosio de las Cavernas, el cronista Néstor, el miliciano Sergio, autor del *Cantar de la Hueste de Igor*, Alejandro Nevski, Sergio de Rádonezh, Andréi Rubliov, Nilo de Sorsk, Lomonósov, Alejandro Bendito, Ambrosio de Optina, Serafín de Sarov.

La visión que rompe las cadenas de nuestro espacio divisa a lo lejos, más allá de la esfera de la metacultura Rusa, países celestiales de otras metaculturas, igual de fulgurantes y llenos de una singularidad especial. Prepararse en el amor y el entendimiento para crear el país celestial de toda la humanidad, la sagrada Arimoya: es lo que enlaza hoy a los Sincretis y a las urbes de las metaculturas. Los más grandes hijos de la humanidad, al concluir las creaciones en sus urbes sagradas, trascienden los límites metaculturales y, subiendo al Sincretis del Mundo por los diversos lados, se reúnen al fin, pero mucho antes de alcanzar la meta. El mundo del encuentro es Gridrutva, palacio blanco donde ellos crean el plan general para el ascenso de la humanidad.

La posterior subida lleva a capas donde su sabiduría y poderío superan los de los demiurgos. El supremo plan providencial, que podemos discernir a veces en medio de la historia como oculto tras los planes particulares de los demiurgos, es el reflejo de su labor creadora.

Es el Sincretis del Mundo: con-crea, en la total lucidez de la conciencia espiritual, con el mismísimo Logos Planetario.

La creación de Arimoya se inició hace poco tiempo en mundos de cuatro dimensiones; y su reflejo histórico en la Tierra será el sentido y la meta del siglo que empieza. Para ello se vertieron las potencias de la Siempre Virgen-Madre, desde las esferas transcósmicas a las capas superiores de Shadanakar, potencias concentradas en una mónada divina. Y para ello se edifica el sublime templo en la Rusia Celestial, para acoger a Aquella cuyo nacimiento en mundos cuatridimensionales es la meta y el sentido del futuro matrimonio del Demiurgo Ruso y el Alma Conciliar. Históricamente, por la manifestación de este gran Espíritu Femenino en la Rosa del Mundo, empezará a reformarse la organización estatal de todos los pueblos en una hermandad mundial. En esto ayudan, y seguirán ayudando al Sincretis Ruso, todos los Sincretis de las metaculturas, y el Sincretis del Mundo recibirá de ellos y continuará esa labor para concluir la con la humanidad deificada del mundo entero.

Pero además de los 19 grandes zatómises descritos en Shadanakar existe otra sacuala: los zatómises de las metaculturas que trágicamente no se construyeron en Enrof. Si se aclara que las Fuerzas Providenciales de una metacultura no pueden oponerse al empuje de los principios demoníacos, se entenderá que su zatómis se convierte en una capa de esta sacuala. Sus formaciones culturales, y a veces estatales, existentes en Enrof se diluyen poco a poco en el entorno universal. Los uizraores mueren; los shrastrés subterráneos vegetan penosamente, degenerando cada vez más; pero el zatómis sigue su desarrollo, y el Sincretis continúa e intensifica su creación. Las almas de tal metacultura que no hayan alcanzado aún el nivel que les deja abierto su zatómis pueden pasar por los peldaños del perfeccionamiento necesario fuera de Enrof, o bien encarnar en otras metaculturas o países, pero a fin de cuentas llegan a su zatómis.

Hay también casos en que la base histórico-cultural en Enrof alarga todavía su existencia, en gradual decadencia, y el zatómis mantiene con ella un vínculo de ayuda activa. En tales casos es posible aún, cuando las condiciones son favorables, que el zatómis retorne a la sacuala

anterior y el suprapueblo a la vida histórica. Algo similar pasa ahora a Junfleya, que ya he mencionado.

Quedan por enumerar los quince zatómises de esta segunda sacuala:

Nambata: zatómis de la metacultura del Antiguo Sudán, que tuvo un desarrollo en extremo lento y en condiciones muy desfavorables o, mejor dicho, apenas subsistió en el valle del Níger, en la zona del lago Chad y en Kordofan, entre el noveno y el quinto milenio antes de Cristo. Sucumbió por culpa de las fuerzas centrífugas que la extenuaron con incesantes guerras intestinas. El primer intento en la historia humana de cimentar etnias antagónicas y, además, abigarradas en lo etnográfico, con una religión internacional común (politeísta, desde luego), fracasó debido al intenso influjo demoníaco por medio del panteón muy ambiguo de la misma religión. Los restos arqueológicos de esta cultura aún pueden descubrirse.

Imagen emblemática: hombres desnudos de piel oscura en corro, sobre un fondo verde esmeralda.

Cen-Din: zatómis de la metacultura Protomongola, protomongola en sentido territorial, no etnográfico. Su pueblo de raza amarilla fue, antropológicamente y espiritualmente, más afín a los pueblos de Gondvana que de la Mongolia posterior. Habitó el norte de China y la cuenca del Amur en el cuarto-tercer milenio a. de C., pasando del nomadismo a la vida sedentaria. Ya por aquel entonces surgían pequeñas villas. El comienzo de la cultura fue admirable. Su jerarquía rectora no era un demiurgo de suprapueblo, sino un poderoso ser demoníaco que ya comenzaba a convertirse a la Luz. Fue destruido por Gagtungr y el suprapueblo terminó aplastado por hordas que irrumpieron del Asia Central.

Imagen emblemática: dragón alado con la cabeza echada atrás, hacia el Sol, e inundado por sus rayos.

Pred: zatómis de la metacultura Dravídica, que se define con este nombre convencional porque participaron en ella etnias de diversa raíz, algunas afines a los sumerios. A las formaciones tardías de esta meta-

cultura pertenecen las ciudades de Mohenjo-Daro y Harappa. La catástrofe (a inicios del segundo milenio a. de C.) se debió tanto a causas internas (nada claras para mí) como a las externas (invasión de los arios).

Imagen emblemática (la vi borrosa): pagoda rosada.

Asgard, a veces llamado erróneamente con el nombre más popular de Walhalla: zatomis de la metacultura Antigua Germana, de crecimiento paralizado en la capa histórica del cristianismo. La catástrofe ocurrió en el siglo XII.

Imagen emblemática: palacio dorado en las nubes.

Tokka: zatomis de la metacultura del Antiguo Perú (Preincaica), que tuvo su desarrollo histórico en los siglos anteriores y posteriores a Cristo. Quizás no deba lamentarse la muerte de esta formación en Enrof, porque fue muy influida por los principios demoníacos*.

Imagen emblemática: estatua pétreo de puma sentado.

Bon: zatomis de la cultura del Antiguo Tibet, destruida por el budismo pero cuyos elementos se incorporaron orgánicamente a la cultura del Mahayana.

Imagen emblemática: rayos rojo y azul cruzados sobre la tienda anaranjada del rey. Su significado: el rayo azul es el budismo con su espiritualidad; el rojo es la religión tibetana prebudista, muy envenenada por el demonismo; la tienda es el poder real, que sucumbe bajo el cruce de las dos fuerzas.

Gauripur: zatomis de la pequeña metacultura Himalaya, separada de la India demasiado temprano, pero de inmensas posibilidades. Allí se encendieron otrora los focos más brillantes del budismo. Allí, en el seno de esta doctrina, transcurrieron procesos metahistóricos que hicieron

* Esta cultura debía enaltecer la iluminación del reino animal, pero históricamente llegó a deificarlo y se degradó hasta la amplia difusión del canibalismo.

de ella una religión en el pleno sentido de esta palabra, esto es, no sólo una doctrina moral sino también transfísica y espiritual. El lado moral del budismo se elevó en el Himalaya a una altura que sólo conocen los modelos más puros del cristianismo.

La metacultura Himalaya sucumbió presionada por dos lados por los demonios de gran Estado: del norte y oeste fueron los uizraores turcos, y del sur los uizraores del imperio de los Grandes Mogoles. Ahora esta metacultura se extingue totalmente en el Nepal.

Imagen emblemática: cima montañosa coronada bajo la constelación de Orión.

Yunkif: zatomis de la metacultura Mongola, que de inmediato cayó presa de un uizraor muy potente. La catástrofe sucedió en el siglo XIII.

Imagen emblemática: ondulación de colinas y, encima, batalla de dos bandadas, blanca y roja.

Yiru: zatomis de la metacultura de la Antigua Australia que existió durante dos mil años en la Australia Central, en total aislamiento del resto de la humanidad. La sociedad llegó a la fase esclavista. La metacultura sucumbió bajo la acción, en extremo enérgica, de elementales demoníacos: los espíritus de desiertos y de matorrales intransitables.

Durante muchos siglos, en esta cultura se opusieron dos religiones (“de mano derecha e izquierda”): politeísta y demoníaca. Esta última ofrecía sacrificios humanos a los elementales rabiosos que destruyeron la metacultura. Al final esa religión se impuso y declaró pecado la lucha contra el avance de los desiertos y matorrales. La cultura en Enrof se extinguió por deshidratación interna. El arte más desarrollado fue la pintura. Recordaba hasta cierto punto la cretense pero era más brillante e interesante. Los restos de la civilización, que un día se descubrirán, no permitirán reconstruir el cuadro por ser insuficientes.

Imagen emblemática: nube sobre volcán, pero en realidad es el suprapueblo y su Sincretis.

Taltnom: zatomis de la metacultura Tolteco-Azteca.

Imagen emblemática: rostro heroico coronado de sol.

Kertu: zatomis de la metacultura Yucatan (maya).

Imagen emblemática: serpiente azul ceñida al árbol dorado.

Su significado: no en todos los pueblos la serpiente es símbolo de principios oscuros. El árbol dorado es el mundo espiritual (transfísico). La serpiente azul es el suprapueblo que sube al espíritu por un desarrollo en espiral.

Intil: zatomis de la metacultura Incaica cuya muerte en Enrof, por extraño que parezca, salvó al mundo de un peligro mayor (se tratará en otra parte del libro).

Imagen emblemática: figura en rojo con mitra en la cabeza y brazos alzados al disco solar. (El rojo aquí es signo de realeza, y la mitra del supremo sacerdocio.)

Daffam: zatomis de la metacultura de los indios de la zona de los Grandes Lagos *.

Imagen emblemática: grupo de guerreros apuntando sus lanzas a la hoz de la luna menguante.

Lea: zatomis de la metacultura Polinesia destruida por su extrema dispersión geográfica. Sus restos se extinguen en Hawai, Tahití y otros archipiélagos.

Imagen emblemática: monte dorado en una isla del mar azul.

Nikisaka: zatomis de la metacultura Japonesa gravemente herida dos veces: por el budismo y por el europeísmo, y que no puede revelar sus potencias. El shintoísmo es, en el fondo, la adoración de Nikisaka como Sincretis japonés; la diosa Amaterasu, en la correcta interpretación de esta imagen, no es sino la Nauna del Japón.

* Esta cultura se desarrolló en especial para la lucha contra el demonio lunar Voglea, de naturaleza femenina. De ahí la extraordinaria castidad de este pueblo. A ello se debe también su negación de la civilización urbana.

Ahora Nikisaka se traslada a la sacuala de las metaculturas que han quedado trágicamente sin construir. La Rosa del Mundo podrá ayudar mucho a consolidar este zatomis; aún es muy posible su retorno.

Imagen emblemática: guindos en flor sobre un estanque.

3. Capas medias de Shadanakar

Antes de esbozar el panorama de las sacualas demoníacas –que poseen, para la transfísica y la metahistoria de Shadanakar, una importancia tan colosal–, así como las sacualas de los elementales –algunos de los cuales tienen estrecha relación con los principios demoníacos–, conviene dar una idea de varias sacualas de escala ascendente que siguen a las de los zatomises. Estas sacualas son muy diversas pero en conjunto forman las capas medias de Shadanakar.

Es natural que mientras más altas se sitúan, jerárquicamente, las capas, es más difícil su conocimiento; menos analogías con Enrof se puede hallar, tanto en sus paisajes cuanto en el aspecto y forma de los seres que allí habitan y en el contenido de sus vidas. Nueve décimas partes de lo que he visto, o de alguna manera percibido, es incomprensible. Y en la mayoría de los casos uno tiene que limitarse a datos secos sobre hechos elementales, sin tratar de descubrir sus leyes o su profundo significado. Por eso el presente capítulo no augura al lector apenas más que una relación seca de varias sacualas y de las capas que las componen.

Recuerdo que en la mística del judaísmo figura el concepto de *egregores*; pero me cuesta juzgar lo exacta que es su coincidencia con el contenido que se le atribuye aquí, debido a mi conocimiento más que superficial de los teosotemas hebreos. De todos modos, aquí se entiende por *egregores* a entidades heteromateriales formadas con ciertas secreciones psíquicas de la humanidad, adheridas a los grandes colectivos. Los *egregores* carecen de mónadas espirituales pero poseen una carga volitiva, temporalmente concentrada, y un cierto equivalente

de conciencia. Cualquier Estado tiene su propio egregor, hasta Luxemburgo. Dichas entidades en general son estáticas y no agresivas. La mayoría de los egregores no participa en la batalla que se libra entre las fuerzas demoníacas y las Providenciales; aunque hay algunos que se suman al campo demoníaco.

Con la desintegración de los egregores, desaparecen también los equivalentes de sus conciencias, desvaneciéndose en el espacio. No lo padecen como sufrimiento.

Si es que hay paisaje en las capas de esta sacuala, se caracteriza por los espacios amarillentos y arremolinados donde los egregores aparecen algo más espesos que el medio circundante.

Las siete capas que conforman esta sacuala pueden enumerarse en el siguiente orden.

Zativ: egregores de las tribus primitivas que mueren al disolverse la tribu, o con su destrucción física. Allí mismo estuvieron también los egregores de las antiquísimas formaciones cultural-estatales de la humanidad, ya disipadas hoy en el espacio.

Zhag: región de los egregores de los Estados y también de algunas formaciones socio-políticas importantes de la actualidad, por ejemplo, del partido del Congreso Nacional Indio.

Foráun: egregores de las iglesias. Se forman con los efluvios etéricos oscuros de la multitud humana relacionada con las iglesias, efluvios que aporta cualquier alma que no haya alcanzado la justicia, mezclados con sus estados religiosos (los propósitos mundanos, intereses materiales, avaricia, estados apasionados, y en general todo cuanto los padres de la iglesia calificaban de "afanes cotidianos"). A menudo estos egregores devienen gran freno, estorbo en el camino ascendente de las iglesias. Con el tiempo Foráun tendrá también un egregor de la Rosa del Mundo: es inevitable porque la iglesia interreligiosa del futuro no se compondrá sólo de santos sino también de cientos de millones de humanos situados en diversos peldaños del camino.

Udgrogr: egregores de las antiiglesias, de los masivos partidos militantes del tiempo moderno.

Una capa cuyo nombre ignoro es habitada por los egregores que genera la actividad psíquica de la población demoníaca de los shrastres. De igual manera desconozco el nombre de la capa que pertenece a los egregores nacidos de la actividad psíquica del mundo de los daimones, la segunda humanidad más luminosa, que trataré unas líneas más abajo.

La última de las capas egregorales se llama **Cebrumr**. Aún está vacía. Allí estará con el tiempo el egregor de la venidera antiiglesia que creará la cuasirreligión demoníaca adoradora de Gagtungr: será el núcleo y la base de la venidera humanidad diabolizada.

En una sacuala integrada por capas espaciales de tres y cuatro dimensiones y gran número de las coordenadas temporales, habita otra humanidad, superior, de Shadanakar. Lamento tener una información muy escasa al respecto. Muchísimas preguntas, que surgen cuando reflexiono sobre ella, siguen siendo una extensa laguna en el panorama de Shadanakar que tengo conformado. Esta humanidad se denomina *daimones*. Pasa por un camino evolutivo parecido al nuestro, pero se inició mucho antes y lo han recorrido con mayor éxito. El factor decisivo en ello parece haber sido el que la misión de Jesucristo -interrumpida en Enrof por Gagtungr casi en su comienzo, y marcada sólo con un triunfo parcial- en el mundo de los daimones concluyó a plenitud. Cronológicamente ocurrió mucho antes de que Cristo encarnara en Jesús. Su triunfo, en el mundo de los daimones, eliminó las gravísimas barreras amontonadas por Gagtungr en el camino ascendente de ellos, y actualmente estos entes nos adelantan muchísimo. Los sacrificios de su devenir -y los plazos para realizarlo- se han reducido en mucho. Hace tiempo que son libres de la desarmonía social y se concentran en el perfeccionamiento estético y espiritual, y en la ayuda a otras capas, en particular, a la humanidad de Enrof.

Los daimones son hombres alados, de forma parecida en parte a los ángeles, de los que se distinguen, entre muchas otras cosas, por dividirse

en dos sexos. La capa básica donde permanecen, y que corresponde a nuestro Enrof, se denomina **Jeram**. De naturaleza semejante a la nuestra, se sometió allí a un gran perfeccionamiento artístico y estético; y la civilización de máquinas está espiritualizada, con la propia sabiduría interna sobre las fuerzas y capas de Shadanakar y con el desarrollo de las facultades superiores en su propio ser. Los daimones conocen todo lo esencial sobre la humanidad de Enrof.

Se redimió a los daimones de los descensos –tras la muerte física– a los mundos demoníacos de castigo desde que Cristo concluyó su misión en Jeram. Y la sacuala estratificada de los purgatorios –que conocemos por experiencia pero que la mayoría olvidamos– se les reemplazó por una única capa, llamada **Urm**, donde algunos pasan en las postrimerías su purificación expiatoria. Un paralelo de los zatómises de nuestra humanidad es para ellos **Kartiala**, mundo de los daimones iluminados, su país celestial. Desde allí se abre el ascenso a la sacuala de Alto Deber y, finalmente, al Sincretis del Mundo.

Una de entre las muchas tareas que asumen los daimones de Kartiala para con otros mundos de Shadanakar consiste en participar en la lucha activa contra los uizraores y la antihumanidad de los shrastrés; y otra es ejercer la inspiración y la orientación creativa en los artifices de nuestra cultura artística. No se trata, pues, de una figura poética, sino del testimonio de los hechos transfísicos reales, cuando muchos poetas invocan a sus daimones inspiradores, o a sus musas. No sé si en el zatomis de Olimpo existieron las nueve hermanas de Apolo –es muy posible– pero no hay ninguna duda de que los daimones de naturaleza femenina, las musas, o los de naturaleza masculina, los daimones de Sócrates, en el estricto sentido de la palabra, contribuyeron a revelar los abismos creativos en la personalidad de nuestros artistas y pensadores. Sólo la ceguera materialista puede ignorar los incontables testimonios dejados sobre ello por nuestros poetas, escritores, músicos y filósofos, empezando con Sócrates o antes, y terminando con Gógol y Alexandr Blok.

La mayoría de los daimones inspiradores, una vez cumplida su tarea, se alejan del inspirado. Pero a veces forman una unidad con él, fenómeno en extremo raro y muy difícil de explicar.

No son pocos los casos en que los sheltés humanos enlazan en su guirnalda alguna encarnación en el mundo de los daimones. Se les brinda tal encarnación para afianzar los logros luminosos del alma.

Pero en la sacuala de los daimones habita también otra raza, de número inferior, atrasada en su desarrollo y como protegida por ellos. No logro aclarar la historia de cómo surgió en aquellos mundos; parece que fueron los mismos daimones que en la antigüedad se apartaron del camino, perdieron sus alas y ahora se recuperan en la senda de una cierta expiación. Estos seres desalados casi no se distinguen del hombre. Y aquí me aproximo a un hecho que inevitablemente provocará, en casi todos los lectores de este libro, gran rechazo y hasta indignación. Pero si no se puede quitar una palabra de la canción, tampoco se puede quitar de ese libro un solo pensamiento. En fin, los seres que acabo de esbozar como la raza inferior de los daimones pueden definirse, en parte, como metaprototipos de algunos personajes de la literatura y el arte mundial de Enrof. Sucede que la intuición de los artistas de Enrof –propia, por cierto, sólo de los genios– penetra visualmente en Jeram, contempla a uno de estos seres y recrea su reflejo en el arte humano. Este reflejo deviene como cierto cristal mágico que concentra los efluvios humanos generados en las horas de la percepción creativa; estos efluvios se elevan a Jeram y brindan al metaprototipo fuerzas para evolucionar. De no crearse este reflejo la evolución se retrasa y, en algunos casos, el metaprototipo hasta tiene que abandonar la sacuala de los daimones y comenzar un camino lento en Enrof.

La mayoría de los retratos pictóricos y escultóricos creados en nuestro mundo carece de metaprototipos: son retratos humanos, nada más. Pero otras obras, como por ejemplo la Gioconda, además de su prototipo humano se vinculan a arquetipos de Jeram aprehendidos por la intuición del genio. De ahí la increíble importancia de estas obras maestras y su alcance. Es digno de lamentar que Leonardo, en su creación de la Gioconda, dejase que se rebajara el arquetipo incluyendo en el retrato algunos elementos de Duggur, mundo de los elementales demoníacos. Y así el arquetipo se precipitó de Jeram a Urm; pues esta capa sirve de purgatorio, no sólo a los daimones, sino también a los metaprototipos. Levantada por Leonardo en sus obras postrimeras, de